

# Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 27 de Setiembre

Núm. 12

Año XII. No. 508

## SUMARIO

Profesores españoles en América.....	Gabriela Mistral	«Viento grande en el alba de otra edad».....	
Carta a un joven argentino que estudia filosofía.....	José Ortega y Gasset	Dos Capítulos de <i>El Apocalipsis de San Lenin</i> .....	Arturo Capdevila
España docente.....	Francisco García Calderón	Poesías.....	Primitivo Herrera
Alianza Unionista de la Gran Colombia.....		El Macho-Ratón.....	Salomón de la Selva
Los dos ruiséñores.....	H. C. Andersen	De Chile han vuelto.....	Juan del Camino
Dos glosas.....	A. H. Pallais	Los estudiantes de Costa Rica, regresan de Chile sin título, pero con honor.....	Carmen Lyra
Al inaugurarse en Bogotá, el busto de José Asunción Silva.....	L. E. Nieto Caballero	Tablero (1930).....	

## Profesores españoles en América

=De A B C. Madrid=

Todavía no amainan los comentarios, de las modulaciones más diversas, sobre el ensayo argentino, de Ortega y Gasset, en el tomo VII del *Espectador*. Ha corrido bastante tinta, y el ensayista, que, entre otros *sports*, gustá también éste de desagrado voluntariamente, después de haber agrado mucho, debe estar contento de aquel zarandeo; la algarada es un puro homenaje, una celebración en dominó blanco-negro.

La mayoría de nuestra gente tiene un concepto que yo no sé llamar si feudal o ingenuo—de déspota o de niño—sobre el conferencista o sobre el simple viajero que les llega a la casa.

Los derechos del viajero no andan todavía en artículos numerados, pero forman parte del derecho natural, y, mientras no los fije una institución acuciosa, los establece el sentido común, el más llano sentido común.

El viajero intelectual, como el financiero, pueden encontrarnos deficientes las capitales mejores y pésimas las mediauitas; ellos pueden, si son hombres corteses, callar su desacuerdo mientras permanecen en el país, y darse el contentamiento—tan vivo y tan sabroso—de decirlo todo cuando vuelven a su tierra.

En el caso presente la simple calidad de profesor del viajero, que se llama nada menos que Ortega y Gasset, debería señalarle un perímetro desatado de independencia. Profesor es, en esta circunstancia, un observador, más que un contador; es un recortador de la silueta nacional, más un publicista de su estampa; es un hombre con profesión de juicio, y convidado a juzgar por los mismos dueños de casa. Lleva en su carpeta de papeles ciertos apuntes de los cursos pedidos, pero lleva también, y esto sin remedio, unos ojos *prontos*, unos ojos sin escama voluntaria ni involuntaria para ver cuanto le dejen ver.

La institución convidadora corre sus riesgos cuando el invitado se llama Ortega y Gasset, o sea un crítico sabio de todos como inventariador riguroso de valores, mon-



Ortega y Gasset

### Carta a un joven argentino que estudia filosofía

= Del tomo IV de *El Espectador* =

Me ha complacido mucho su carta, amigo mío. Encuentro en ella algo que es hoy insólito encontrar en un joven, y especialmente en un joven argentino. Pregunta usted algunas cosas, es decir, admite usted la posibilidad de que las ignora. Ese poro de ignorancia que deja usted abierto en el área pulimentada de su espíritu, le salvará. Por él se infiltrará un superior conocimiento. Créame: no hay nada más fecundo que la ignorancia consciente de sí misma. Desde Platón hasta la fecha, los más agudos pensadores no han encontrado mejor definición de la ciencia que el título antepuesto por el gran Cusano a uno de sus libros: *De docta ignorantia*. La ciencia es, ante todo y sobre todo, un docto ignorar. Por la sencilla razón de que las soluciones, el saber que se sabe,

(Pasa a la página 186)

dador de apariencias y... cobrador de promesas. Conducirlo hacia nosotros significa exponer la piel común a una agujita que no tiene nada de roma, y que de la piel se corre al músculo, por el tacto de lo mórbido, y de éste al hueso, por el tacto de lo seco.

La desesperación ibérica, la acedia española, entran con porción infinitesimal, si es que entran, en nuestro ensayista; él es un hombre de buenos humores, que le cuida el *golf*, testigo entusiasmado de cualquier espectáculo de vitalidad, y deseoso de excitar cuanto en nuestra raza está vivo, de hostigar lo que ve lisiado y de golpear en las cáscaras muertas. La Argentina debía gustarle en buena parte, y le gustó.

Yo me acuerdo de los elogios que le oí en una conversación conmigo sobre «esa América europea ya casi organizada y en arreos de hacer lo que le falta con métodos también europeos». El elogio, aunque me tocara a mí, por Chile, en un tercio, me clavó una espinita de preocupación por saber si la «otra América», menos blanca y más bien prieta, le inspiraba desconfianza o al menos desabrimiento. No se lo pregunté en derechura, yo, que suelo ser bastante confianzuda, porque Ortega y Gasset es hombre que para en seco cualquier impertinencia y reduce al oyente, sin mover un dedo, al marco de lo debido, de lo que él le consiente.

Me he acordado de este elogio de la Argentina, dicho en ausencia de auditor rioplatense, leyendo algún comentario colérico sobre su trabajo. Me acordaba también de lo que me decía otro español sobre nuestro apetito desaforado de alabanza: «No se contentan ustedes con la onza; hay que darles la arroba, y la arroba es fea de ver y molesta de cargar. ¿No es cierto?»

Ortega y Gasset no es persona de asustarse con este chubasco de resentimiento, y tampoco con un diluvio en regla. Pero no está de más decir algo sobre lo que ha ocurrido y que sirva algo de prevención para